

maestra y protectora, consagrando á sus plantas los empleos y ejercicios mas principales de su apostólica vida. Nunca le pidieron cosa por tan dulce y venerando nombre, que no la Concediese con toda prontitud y regocijo. Del misterio de su concepcion immaculada fué singularmente amartelado, siendo este día para su devoto y fervoroso espíritu el mas alegre, festivo y regocijado. Decia repetidas veces á los religiosos, que deseaba morir en obsequio de tan devoto misterio, y que si tuviera muchas vidas, las ofrecería con alegría todas en defensa de la immaculada limpieza del primer ser de *María Santísima*, mi Señora.

Con estas fervorosas ansias solicitaba tener el día de la Concepcion purísima de María, algun trabajo especial que ofrecerle á la Señora, en sacrificio de sus devotas y rendidas ansias, y con estos vivos deseos vivió y murió este venerable religioso: revelóle la Señora el día de su muerte, y habiéndose dispuesto para ella con una confesion general, fué el día aplazado, y dijo misa con mucha devocion y lágrimas, y acabada la misa se puso á orar delante de una sagrada imágen de la Concepcion de María Santísima, y en la ferviente oracion que hizo se quedó de rodillas difunto, sin que cayese en tierra el venerable cadáver, antes parecia estar vivo, segun la firmeza que en aquella postura demostraba. Viendo los religiosos que se detenía mucho en la oracion, le fueron á llamar, y juzgando á los principios que estaba en algun éxtasis absorto, le hallaron muerto con los ojos abiertos y fijos en la devota imágen de la Concepcion de María, norte seguro en quien afianzó la principal jornada.

No le quisieron mover del parage en que estaba el difunto puesto de rodillas, hasta que le vieron y reconocieron muchos testigos, y entre ellos el justicia mayor de la jurisdiccion, que dió auténtico testimonio, y como los mas habian sido testigos de su ejemplar y religiosísima virtud, juzgaron con sobrado fundamento haber sido su muerte felicísima. Sucedió esta prodigiosa muerte en el convento de San Juan del Mezquital, y para que ni sus virtudes ni las circunstancias de su dichosa muerte se borrasen con facilidad de nuestras memorias, retrataron á dicho venerable padre difunto ante la sagrada imágen de la Concepcion de María Santísima, puesto de rodillas y del

mismo modo que murió. El lienzo perseveraba ahora diez años en dicho convento, donde está sepultado este apostólico ministro; pero no lo están sus heroicas virtudes, pues viven en la memoria de los vecinos de aquellos paises, y en la de los religiosísimos hijos de esta provincia de Zacatecas.

CAPITULO VI.

Vida del venerable padre Fr. Diego de la Magdalena, religioso lego.

De la prodigiosa vida del venerable padre Fr. Diego de la Magdalena ha de ser forzoso hablar con mas cortedad que la que yo quisiera, por falta de instrumentos que aseguren sus maravillosas virtudes, y por el profundo silencio de los religiosos de esta provincia en estas materias; pero las pocas noticias que he podido recoger, son como las celebradas líneas de Apeles, cuyo primor fué el mayor crédito de sus pinceles, siendo por ellas mas conocido que lo fué por otras prodigiosas obras, hijas de su destreza. Fué este venerable varon hijo de padres hidalgos de Villanueva de Barcarrota en la Estremadura: pasó á este reino muy niño con el ánimo que pasan muchos, de adquirir las temporales riquezas que, si saborean el gusto de quien las apetece con ansia, no dejan de ser penetrantes espinas para quien con

desengaño las maneja: en breve tiempo hizo competente caudal nuestro Diego; pero como Dios le llamaba por camino mas estrecho, miraba los tesoros del mundo con hastío: llevado de estos soberanos impulsos, trató dejar al mundo y seguir por el camino de la cruz á Jesucristo; y como para la consecucion de fin tan santo era preciso seguir el consejo de su Soberano Maestro en la reparticion de sus bienes á los pobres, con consejo de su confesor se deshizo de todos ellos en breves dias, repartiéndolos á los mas necesitados, sin reservar para sí cosa alguna. Pidió nuestro santo hábito en el convento de México, y como le vieron libre de los embarazos del mundo, le recibieron gustosos en nuestra religion sagrada. Tomó el hábito para lego, en cuyo humilde estado aprovechó mucho en breve tiempo. Profesó habiendo dado muestras de verdadero religioso, y como le conocieron tan ejemplar y de todos tan aclamado, le ocuparon luego en el ejercicio de limosnero de la ciudad, para que con su humildad y religiosa modestia sirviese de ejemplo á todos los ciudadanos.

Portóse en este ejercicio con tal edificacion de todos, que á los buenos los fervorizaba con su ejemplo para que se adelantasen en el ejercicio de las virtudes, y á los malos servia de rigoroso fiscal contra sus enmarañadas conciencias. Sucedió un dia que pasando delante de un caballero que salia de cumplir con el precepto anual de la sagrada comunión, de la parroquia, conoció por superior instinto el mal estado de su conciencia, y llamándole á un zahuan se le puso de rodillas y con tiernas lágrimas le dijo estas breves y compendiosas palabras: "Señor; mire vd. que tan Gran Señor no está aposentado con la decencia debida en su mal dispuesto corazón." Quedóse absorto el caballero, y confuso y arrepentido de su sacrílego desacato, se volvió al templo, donde con la legía de sus lágrimas, y de una confesion verdadera lavó tan enorme mancha, permaneciendo en lo de adelante muy ajustado á sus obligaciones, confesando que debia mas al ejemplo y humildad de Fr. Diego que á cuantos sermones habia oido.

En la oracion era tan fervoroso que las mas de las noches consumia en ella con tan grande consuelo de su alma, que vivia lo mas del tiempo como abstraído del comercio de las cria-

turas. Por este tiempo infestaban los indios guachichiles chichimecos con tiranas y escandalosas muertes todas las tierras y caminos que hay desde San Miguel el Grande hasta Zacatecas, Charcas y Rio Verde, sin que las armas de los españoles fuesen suficientes á detener su bárbara osadía, que, avilantada con algunos sucesos favorables de sus armas, salian á los caminos en cuadrillas, á despojar de la vida y de la hacienda á los míseros pasajeros; llegó la noticia de los atroces insultos á la ciudad de México, y deseoso nuestro venerable Fr. Diego de reducir á tanta bárbara gente á la ley de Jesucristo, aunque fuese á costa de su vida, pidió licencia á los preladados para ocuparse en tan apostólica empresa. Diéronsele gustosos, conociendo su apostólico celo y ferviente espíritu, señalándole por coadjutor en empresa tan heroica un venerable sacerdote, religioso perfectísimo, que se ofreció voluntariamente á tan santo empleo, cuyo nombre no se sabe por incuria de los tiempos. Previniéronse ambos ministros para tan santa, aunque peligrosa obra, con todos los espirituales ejercicios en que podian asegurar el logro de sus deseos, y puesta toda su confianza en la piedad divina que asiste siempre á los suyos con el socorro necesario en tiempo oportuno, entraron en los términos y territorios de los guachichiles, como corderos entre lobos.

Vivió entre estos bárbaros chichimecos nuestro venerable Fr. Diego mas de veinte años, sin mas abrigo que el que le ofrecian los árboles de los campos, ni mas sustento que tunas y algunas raices y frutillas silvestres. Ocupándose todo este tiempo en enseñar á los bárbaros las oraciones y doctrina cristiana, sin cesar ni de dia ni de noche en ejercicio tan santo, en que padeció tantos trabajos, que solo con el auxilio divino pudo vencerlos: no refiero las hambres, sedes, frios y calores, que estos en el campo entre gente que ni tiene chozas, ni mas sustento que el que les adquiere su flecha, eran inescusables: solo diré que le azotaron con crueldad varias veces, le abofetearon innumerables y muchas ocasiones le apedrearon, y aunque intentaron matarle y en distintos tiempos, nunca pudieron conseguirlo, porque nunca se atrevieron por una virtud oculta que les impedía sus intentos, como ellos confesaban despues de haberse reducido: con que pudo nuestro venerable Fr. Diego publicar co-

mo otro Paulo, los trabajos, martirios y afrentas que habia padecido por la estension y honra del dulce nombre de Jesus entre los indios chichimecos.

No fué parte tanto tropel de trabajos, para que nuestro venerable Fr. Diego desistiese de su empresa, antes azorado con ellos, por ganar á Dios muchas almas, andaba de ranchería en ranchería, anunciando la gloria y nombre de Dios por todas partes, ya en Charcas, ya en el Venado, ya en las Salinas, ya en San Miguel Mezquitic, ya en San Luis Potosí, ya en Santa María, ya en el Armadillo, ya en San Luis de la Paz, ya en Xichú, que eran los términos que ocupaba entonces la nacion guachichila; y como su conversion y trato era tan manso y apacible, fueron poco á poco deponiendo el odio que le tenían, y cobrándole tal amor, que le miraban y veneraban como á padre. Conocido esto por el venerable padre, y asegurado de su afecto, trató con ellos de reducirlos á congregaciones, y aunque los mas por entonces no vinieron en ello, muchos se congregaron por consejo de este venerable religioso. Las primeras congregaciones que se hicieron por el año de 1583, fueron las de San Luis, que hoy se llama Potosí, la de San Miguel Mezquitic y la de San Diego Atotonilco, que despues de once años, pasó á donde hoy está Santa María del Rio: despues congregó á otras familias en Charcas y el Venado, y á una y otras partes acudia con tan infatigable celo, que se conocia con evidencia que el espíritu de Dios era el que le movia en continuo giro de unas y otras conversiones, en que incesantemente se ocupaba en la educacion de los indios en los primeros rudimentos de la ley cristiana.

Luego que congregó los indios en el parage de San Luis, trató con los prelados y con su Escelencia de fundar Doctrina, conociendo que el sitio era ameno y saludable, y que desde él, como de centro, se podian administrar las nuevas conversiones congregadas: tuvo la pretension tan feliz efecto, que en el mismo año de 1583 estaba fundado el convento del pueblo de San Luis con todas las licencias necesarias de virey y obispo. El consuelo que tuvo con esta fundacion el venerable religioso, mejor se puede discurrir que ponderar, porque veia felizmente logrados sus afanes y sudores, y conseguidos sus apostólicos

deseos; pues con dos venerables religiosos sacerdotes que moraban ya en el nuevo convento, advertia que la administracion y conversion de los indios iria cada dia creciendo con admirables aumentos, como lo vió experimentado, pues dentro de ocho años ya estaban fundados otros cinco conventos en las tierras de los guachichiles, y éstos del todo pacificados. En este mismo año, un indio capitan guachichile, que amaba tiernamente al venerable Fr. Diego, le descubrió el rico mineral del Cerro de San Pedro, y el bendito religioso, deseoso de que el rey nuestro señor gozase de este tesoro, y que por este medio se avivasen mas las conversiones, de consentimiento del mismo indio, dió noticia de la mina al capitan Caldera, que á la sazón vivia en el nuevo pueblo, como su protector, y á quien querian mucho los indios, por ser hijo de español é india, siendo este el origen del descubrimiento del Cerro del Potosí, que tantos millones ha dado de quintos de oro á la real hacienda.

No cesaban las hostilidades de los guachichiles, que no habian querido reducirse á congregaciones, y considerando el venerable padre las gravísimas y atroces tiranías que ejecutaban, así en los españoles que habian á las manos, como en los indios pacíficos sus hermanos, sin atender á los trabajos ni á su cansada edad, salió de nuevo por los campos en busca de sus errantes amigos, y con su predicacion y ejemplo comenzó de nuevo á reducirlos. Fué tanta la eficacia que puso su celo en este negocio, que el año de 1590 ya tenia de paz á toda la nacion guachichila; y lo que no habian podido pacificar las armas comandadas por el general D. Juan de Oñate, lo hizo la humildad de un apostólico lego, hijo de mi Seráfico padre San Francisco: trajo de paz al pueblo de San Luis, á todos los capitanes de la nacion guachichila, que era entonces la mas numerosa y belicosa. En compañía del capitan Caldera pasó á México con todos los capitanes, á dar de parte de toda la nacion voluntariamente la obediencia á nuestro rey y señor en manos de D. Luis de Velasco el segundo, que á la sazón era virey de la Nueva-España: pidió el venerable y prudente religioso á su Escelencia, que le concediese algunos indios tlaxcaltecos, para que, como políticos y radicados en la fé, instruyesen en política y cristiandad á los recién convertidos bárbaros.

Parecióle el dictámen á su Escelencia acertadísimo, y así, escribió á la señoría de Tlaxcala, pidiéndole cuatrocientas familias de sus hijos, para repartirlos en las nuevas reducciones de los chichimecos. Vino en ello la república, pero con condicion que en cualquiera parte donde fuesen sus hijos, habian de gozar de los privilegios de los hijosdalgos de Castilla, y se les habian de señalar á sus pueblos tres leguas de término por cada viento, con otras condiciones que refiere la real provision, en virtud de la cual salieron de Tlaxcala las cuatrocientas familias, la cual real provision leí siendo provincial en el convento de Colotlán. Conseguido este despacho, se volvió nuestro venerable Fr. Diego con los capitanes guachichiles y con las cuatrocientas familias de tlaxcaltecos, y habiendo llegado á San Luis, les señalaron por pueblo á los tlascaltecos el sitio que hoy se llama Tlaxcalilla, arrimado á la congregacion de Santiago, que era de indios guachichiles, y les dieron posesion de las tierras que la real provision les señala, añadiéndoles por la parte del Oriente y Norte lo que no se les pudo asignar por la parte del Mediodia, á causa de estar ya fundado el pueblo de San Luis, en que vivian los indios y españoles mineros. Todo lo cual se ejecutó el año de 1591, en virtud de la real provision que habia sacado el venerable padre Fr. Diego de la Magdalena á favor de los indios tlaxcaltecos, del Escmo. Sr. D. Luis de Velasco el segundo.

Fundado por este medio el pueblo de Tlaxcalilla, y pacificada del todo la nacion guachichila, con licencia de los prelados se quedó el venerable Fr. Diego á vivir en Tlaxcalilla en una casita que le hicieron contigua á la iglesia, ocupado en instruir á los indios guachichiles de Santiago en la doctrina, la que enseñaba también á los niños tlascaltecos, ocupándose juntamente en hospedar al ministro sacerdote, que del convento del pueblo de San Luis venia á administrar y á decir misa los días de fiesta á Tlaxcalilla. Aquí hizo una vida mas angélica que humana, y como la candela cuando esta para apagarse luce con mas resplandor, así este venerable religioso, cuanto mas se iba llegando el fin de su peregrinacion, tanto mas lucia en todo género de virtudes, en presencia de Dios y de los hombres: era humildísimo en extremo, y formando de sí en todo bajísimos

conceptos, observaba en los demas los buenos ejemplos para imitarlos: en las mortificaciones encontraba muchísimas dulzuras, ya porque con la costumbre tenia hecha en ellas naturaleza, como porque la valentía del amor santo, que en su caritativo pecho ardía, allanaba todas las asperezas de este camino, y endulzaba las amarguras de sus rigurosas penitencias.

Aunque toda su vida religiosa se habia ocupado en la oracion, en estos últimos años se aplicó á ella con tanto anhelo, y tan como principiante, que eligió para materia de sus meditaciones la pasion y muerte de Jesucristo. La presencia de este Divino Señor Crucificado era su contemplacion continua, y en este descuadernado libro, á las violencias de los tormentos, leía la mortificacion de sus sentidos, el desprecio de las vanidades, el aprecio de los trabajos; y en él finalmente hallaba la enseñanza de las virtudes. El conocimiento de su miseria le abatia hasta lo ínfimo, y para que nunca faltase de su memoria tan saludable recuerdo, andaba continuamente con una calavera en las manos; y cuantos morian en el pueblo, hacia que se los trajeran á su celdilla, hasta enterrarlos, para tener el consuelo á la vista de su nada, y velarlos y encomendarlos á Dios, mientras se les daba eclesiástica sepultura. En una de estas ocasiones se levantó el difunto que velaba, y le dijo como por sus oraciones fervorosas se le habian dispensado dos años de penas en el purgatorio, á que estaba por la Divina justicia sentenciado, y que de ellas salia ya libre para gozar las delicias del Paraiso. Otras muchas apariciones de las benditas ánimas del Purgatorio, hechas á este venerable religioso, dándole las gracias del alivio de sus penas, se refieren, las que omito por no hallar la uniformidad que se requiere en su relacion, para ponerlas en esta historia.

En la escuela de la oracion aprendió, divinamente ilustrado, los misterios muy profundos del Ser Divino, de que hablaba tan altamente, que abismaba á los hombres mas doctos de su siglo: en esta escuela le reveló Dios los secretos mas ocultos de los humanos corazones, pues aseguran los que escribieron de este venerable religioso, que las conciencias de muchos le fueron manifestadas en diversas ocasiones. Este singular privilegio se estendia mas con los torpes amancebados, á quienes

por el semblante parece que les registraba sus torpezas; persuadía los con amor y lágrimas en secreto á la enmienda, y si veía que permanecían en su obstinacion liviana, daba cuenta á las justicias seculares para que corrigiesen tan obsceno esceso: por esta causa, cuando el venerable siervo de Dios bajaba al pueblo de San Luis, los españoles que estaban maculados con este vicio, y bien hallados en su desdicha, huían de la presencia del padre Fr. Diego, como pudieran huir del mas cruel enemigo; mas no les valian sus diligencias, porque cuando mas prevenidos estaban en sus casas, los buscaba, y amorosamente los reprendía, y si á la segunda vez no habia enmienda, á la tercera caían en manos de la justicia, para que supiesen que á quien no mejoraba de costumbres con el amor y correccion fraterna, habia justicia, que con el castigo le contuviese en los términos de lo lícito, porque decia este venerable religioso que semejantes pecados debian ser públicamente castigados, por ser en lo comun pecados públicos.

Sucedióle un dia con un caballero de San Luis que le amonestase en secreto sobre este punto: estaba este tal bien hallado en sus deleites, é hizo poco aprecio de la caritativa monición de Fr. Diego y le trató con menos cortesía que la que merecian sus venerables canas y religiosa modestia: no se escandeció el bendito religioso de los pesares que le dijo, antes mirándole risueño le dijo: pues no quiere apartarse de la ocasion que le digo voluntariamente, habrá de apartarse desde hoy por fuerza de semejante vicio; así sucedió dentro de una hora; pues le acometió un afecto perlático que le amortiguó la mitad del cuerpo y vivió muchos años incapaz de movimiento sin ageno auxilio; pero muy arrepentido de los pasados escesos.

Revelóle Dios en premio de sus apostólicas tareas el dia de su muerte, y alegre con la noticia fué al pueblo de San Luis, y se anduvo despidiendo de los españoles é indios; preguntábanle que á dónde iba, y respondia regocijado que á hacer una jornada muy larga: llegó al convento y el guardian le hizo la misma pregunta, á que respondió el venerable viejo: padre y prelado mio, véngome á morir mañana entre mis hermanos, para lo cual te suplico que despues de prima me administres los santos sacramentos. Por darle gusto al otro dia despues de

prima le dió en la iglesia por viático la sagrada Eucaristía, y habiéndose quedado de rodillas dando gracias á Dios por tan singular beneficio, pasada una hora llamó á la comunidad para que le administrasen la santa Uncion, que habiéndola recibido tambien de rodillas, pidió que le cantasen el Credo, y al cantar el *incarnatus* dió su alma al Criador, quedando aquel venerable cadáver hermoso, suave y muy fragante puesto de rodillas, y solamente inclinada un poco la cabeza, en cuya devota postura permaneció dos dias que se retardaron sus exequias, para satisfacer á la devocion de españoles é indios que le amaban tiernamente, y le publicaban á voces santo.

Murió de noventa y cinco años, y de mas de cincuenta de hábito, habiendo gastado en la conversion de los guachichiles y otros indios chichimecos cerca de cuarenta años. Hizosele un solemne entierro, á que concurrieron todos los indios de los pueblos y barrios y todos los españoles y mineros. Las lágrimas y alaridos de los indios eran tantos por la muerte y falta de su padre maestro, que eran capaces de enternecer á los mas duros peñascos: duraron los sollozos y alaridos de los recién convertidos muchos dias y noches, que no se podian escuchar sin prorumpir en copiosas lágrimas. Cuatro años despues de su muerte, se descubrió el venerable cadáver de Fr. Diego, y se halló entero é incorrupto, echando de sí una apetecible fragancia, tan suave, que puso en admiracion á cuantos participaron de ella, y recelosos los religiosos que la devocion se desmandase á titulo de piadosa, volvieron á cubrir con la tierra el cadáver venerable, sin que desde entonces haya noticia del estado en que se halla, ni del sitio de su sepulcro; descuido tan conocido, que no se le puede dar disculpa en todo. Muchos milagros obró el Señor por su siervo, que no refiero, porque aunque los he hallado escritos en algunos papeles sueltos, no son suficientes para hacer juicio verdadero. Solo contestan todos en la resurreccion de un niño de siete años, despues de dos dias de ahogado, que poniéndosele en las manos al venerable Fr. Diego su dolorida madre, haciendo sobre él la señal de la cruz, se le entregó vivo y sano: tuvo tambien especial gracia de curacion, y cuando algun indio estaba de peligro, por su mano le aplicaba los medicamentos, logrando la té

de muchos no pocas veces, repentina sanidad de sus incurables accidentes, al contacto de las manos de este venerable religioso, quien ayudó á morir á todos los indios que en su tiempo murieron en Tlascalilla y en Santiago, con tanta caridad y amor, que se admiraban los indios.

CAPITULO VII.

Vida del apostólico varon Fr. Alonso de la Oliva.

El venerable sugeto que dará materia á este capítulo, es muy parecido en su apostólica vida y celo ardentísimo que tuvo en la conversion de los infieles, al venerable Fr. Diego de la Magdalena. Fueron contemporáneos y muy parecidos en la virtud, celo y perseverancia de sus apostólicas tareas, aunque en distintos parages; pues el uno floreció en la Nueva-España, y el V. Oliva en el Nuevo Reino de la Vizcaya, en cuyos lugares se conserva hoy dia la memoria de este venerable religioso, no soto en las memorias de los españoles, sino aun en las de los indios mas rústicos y bárbaros. Fué el venerable padre Fr. Alonso de Oliva hijo de esta provincia de Zacatecas: tomó el hábito siendo custodia, en el convento de la villa del Nombre de Dios, y aunque no se saben sus padres ni su patria, consta que en la fé fué un Abrahan que dejando las conveniencias del siglo, que afirman todos tenia, se entró en la religion, y ya

profeso, y sacerdote, salió con licencia de sus prelados á peregrinar por las vastas soledades que ocupaba la nacion Concha, para reducirlos á la fé católica, siguiendo en esta empresa la voz de Dios, que en sus inspiraciones le llamaba por semejante camino. Consta tambien que en la fortaleza con que peleó las guerras de la religion contra las bárbaras osadías de los idòlatras conchos, hasta que arruinó sus ídolos y redujo á todos los bárbaros al conocimiento del Evangelio, fué un David. Consta tambien haber sido en la tolerancia un Job; pues en el término de casi cuarenta años, que duró la total reduccion de los conchos, sufrió no solo humores, sedes, frios y calores, que estas cosas en los páramos son inescusables, sino los trabajos, afrentas, bofetadas y azotes que le dieron á los principios los bárbaros; trayendo á todas horas vendida la vida este venerable religioso entre los indios conchos chichimecos.

En todo género de virtudes fué este venerable religioso un perfecto dechado de apostólicos varones, porque en lo penitente fué austerísimo, y tanto, que jamas se le apartó de las carnes un riguroso cilicio de fierro con el que murió radicado en sus mismas carnes; en la humildad fué tan escesivo, que no solo se tenia por el mas despreciable de los religiosos, sino que se reputaba por indigno de su compañía, y así solia decir á los religiosos, que compasivos le suplicaban que morase en los conventos y que dejase la penosa vida de morar con los bárbaros en los campos: "Hijos mios, los brutos como yo, son indignos de vivir entre gente política y virtuosa; dejadme, dejadme que viva donde merecen mis culpas, para castigo de mis miserias y tibiezas." En la castidad no parecia humana criatura, porque á la fuerza de los rigores y ayunos avasalló tanto la carne, que no se rebelaba ya contra el espíritu, para cuya posesion pacífica tenia como otro Job, hecho pacto con sus ojos, de no mirar á criatura alguna al rostro. En la pobreza fué singularísimo; pues jamas tuvo mas halajas de su uso que un grosero hábito y un breviario; el hábito era tan remendado de diversos colores, y tan taraceado de diversas piezas, que parecia tablero de algun ajedrez, segun la diversidad de remiendos; y así cuândo venia de entre los indios conchos á los conventos, le obligaban á que mudase de hábito por escusar la nota; pero en